

Así en la tierra, como en el cielo.

Milagros Donato



Capítulo 1

«Quien se conduce con integridad, anda seguro;
quien anda en malos pasos será descubierto.»

(Proverbios 10:9)

Capítulo 2

1. El arresto sorpresa.

Apenas abrí mis ojos para entender lo que sucedía. Vi a mi hermano —demasiado tonto, al decir verdad— colgado de mi ventana. No pude objetar nada, ya que aquello también llamó mi atención. Revisé el reloj, apenas eran las cuatro de la mañana, y las luces de la patrulla no me dejaban cerrar mis ojos nuevamente.

Me levanté atontado, sosteniéndome de la mesita de luz a mi costado y me coloqué a su lado. Él estaba muy concentrado.

—¿Qué sucede con la patrulla? —pregunté acercándome lentamente a lo que estábamos viendo. Y por mi sorpresa, la policía estaba sacando a un profesor de mi preparatoria.

El maestro Samuel Grant, de filosofía.

—¿Crees que le han encontrado marihuana, o algo así? —murmuró Nico a mi lado, mi hermano mayor, quién no dejaba de espiar continuamente cada movimiento—. O quizás, nuevamente volvió a traficar estupefacientes. Tiene cara de gustarle las pastillas de dormir.

—Ya cállate, él jamás ha hecho tal cosa —respondí de mala gana, dándole un codazo en las costillas y escuchando su quejido debido al dolor—. Es raro, además lo llevan esposado. ¿Crees que haya pasado algo, además de lo que tú dices?

Y observamos con cada detalle, cada movimiento que realizaban mientras él era llevado a la patrulla junto a la policía. De repente, la luz nos alumbró a nosotros que espiábamos como estúpidos topos en busca de un nuevo problema. Me agaché a la vez que Nico, quién no dejaba de murmurar que seguramente, el maestro Grant, había sido arrestado por drogas.

—Podríamos ir a preguntarle, ¿no? —objetó de repente, alertando mis sentidos de protección ante no ir de testigo por un arresto al cuál no tenía justificación aún. Nico salió de la habitación, corriendo por el pasillo hasta llegar a la entrada.

Me levanté lo más rápido, saliendo disparado por el pasillo como él lo había hecho. Repentinamente, vi a mi padre levantarse y con humor de pocos amigos. Nico le pidió silencio, abriendo la puerta lentamente para dejar entrar la luz de la patrulla. Un rojo y azul, que era demasiado fuerte ante nuestros ojos, se mezclaba hasta formarse un intenso púrpura

magenta.

—Nicolás, ni se te ocurra salir de esta casa —ordenó mi padre, pero Nico no pudo hacerle caso ni siquiera un segundo. Cerró la puerta al fin y al cabo, nadie quería ir de testigo. Pero plantándose frente a mi padre, no pude ocultarme detrás de la pared como un niño chiquito en busca de su mamá.

—Ya soy mayor, puedo irme si quisiera.

—Pues, ahí tienes la puerta... —respondió mi padre, con una gran sonrisa en su rostro—, y de paso te llevas las malditas latas de cerveza que guardas en el closet. Eres libre, Nicolás, desde hace dos años que eres libre. ¿Qué esperas? ¿O acaso tienes miedo de dejar a Bruno solo..., tal y como lo hizo tu madre?

Apretando sus puños, furioso y decidido, Nicolás se fue a su habitación. Me quedé perplejo, y algo furioso también. Desde que nuestra madre se había ido de la casa, abandonándonos a mí y Nico, todo fue muy distinto y mi padre comenzó a tomar mucho rencor a favor. Muchas de las veces, nos amenazaba con tal de no irnos de la casa. Nicolás ya era mayor, tenía veinte, pero las amenazas de mi padre dificultaba todo. Él sabía que si se iba, seguramente mi padre me enviaría a un internado para jóvenes rebeldes —cosa que no lo era— y probablemente, Nico, jamás me volvería a ver.

—¿Y tú, qué? —me señaló con el dedo, para luego apuntarlo hasta el pasillo—. Vete a dormir, ya es tarde. Mañana tienes entrenamiento, y yo tendré mucho trabajo —agregó furioso, viéndome pasar por delante suyo mientras que lo miraba muy asustado.

¿Asustado? ¿De qué? Ya casi tenía dieciocho. Pero me asustaba el hecho de que mi padre, en ese entonces, hacía lo que quisiera con nosotros. Apenas llegué a mi habitación, cerré la puerta y como todo niño adolescente que se asustaba por todo, realmente me asusté al ver a Nico recostado en mi cama y alzando, una y otra vez, la pelota de béisbol en su mano.

—No le hagas caso, Bruno —objetó de repente, mientras me sentaba a su lado. Él se removió, sentándose recto mientras que la pelota de béisbol era arrojada al cesto de basura—. Cuando tengas la edad, que será en meses, todo cambiará.

En aquel momento, no le entendí de principio. Y como todo un novato que apenas salía de casa a practicar béisbol, le pregunté:

—¿Y qué cambiará?

Nico se quedó pensativo, mientras que nuevamente se recostaba y comenzaba a explicarme todo con mucha seriedad y una pizca de venganza en sus ojos. Lo conocía perfectamente, y pasarse de la raya ya era una costumbre suya.

—Además de crecerte el *amigo* —respondió mientras fruncía las cejas—, te harás mayor. Eso es lo importante, pero también unos centímetros de más en el amigo...

—¡Por todos los santos! —grité en un intento de querer pegarle con la almohada, Nico lo esquivó—. Si no fuera por qué aún vivimos con nuestro padre, te molería a golpes por hablar de mi... de mí miembro reproductor. Ya basta.

Ambos reímos, pero de alguna forma me llamaba la atención el arresto del maestro Grant. Nico, minutos después, se fue a su habitación sin antes contarme lo que quizás ya sabía. Que veía muy raro a *Rusty*, últimamente no comía. Que estaba aislado, no hablaba, no sonreía. Algunas personas sospechaban que estaba en un culto satánico, por su aparición de repente, tan rebelde como oscura, y tatuajes por doquier en su cuerpo.

Rusteff, había sido mi mejor amigo desde muy pequeño. Era el niño malvado, el típico bravucón de la clase. Y éramos amigos de tal forma, en que terminó siendo una mala influencia según mi padre. Con Nico, lo apodamos *Rusty*. Pero luego de un tiempo, él se alejó de mi como más pudo y quedamos a una distancia que ya ni hablábamos.

Aquella noche me quedé pensando en él, sentía algo raro en mi estómago. Una sensación de miedo, de que algo ocurriría y que nada sería bonito quizás como lo esperaba. Revisé mi móvil, cinco de la mañana, y en cuanto revisé nuevamente hacía afuera, me di cuenta que una patrulla aún quedaba en la acera de la casa de Grant.

* * *

A la mañana, me desperté a los saltos al sentir el auto de mi padre irse. Nico aún seguía durmiendo, era el momento perfecto de aprovechar un baño antes de ir al entrenamiento. Pero, algo ocurrió que desde ese momento no me dejó pensar algo más de lo que ya pensaba desde hace tiempo.

Unos golpes en la puerta, despertaron a Nicolás. Quejándose y —según él— hambriento, me pidió con amabilidad atender. En cuanto lo hice, un oficial de policía estaba del otro lado.

Tragué saliva con fuerza.

—Buenos días, ¿tú eres Bruno? —preguntó firme, con sus dos brazos cruzados y en una posición que daba miedo. Asentí con un leve movimiento en la cabeza, en ese momento Nico apareció entre nosotros.

Se interpuso en mi camino, y el oficial replicó:

—Debes acompañarnos, muchacho, debes declarar ante la policía.

—Espere, ¿declarar, qué? —interrumpió Nico, algo asustado quizás como yo. El oficial aclaró su garganta, y dio un paso en silencio, acercándose.

—La muerte de tu amigo.

Miré a Nico, con la certeza de que no fuera alguien que quizás quería mucho. Pero en completa perplejidad, Nico ni se espantó de lo sucedido. Simplemente me miró y preguntó nuevamente:

—¿Qué amigo?

—Rusteff, Rusty... —contestó el oficial—. Según el sacerdote Domingo, lo han encontrado esta noche y estaba clavado en la cruz de la catedral.

Me quedé sin respiración. No pude hablar nada más que un simple asentimiento ante todo lo que el oficial me decía, Nico fue el único valiente.

—Pero, ¿por qué vienen a buscarlo a él? ¿Ya no fue suficiente con Grant? —insistió, llevando al oficial mucho más afuera de la casa.

—Grant no es asunto suyo. Y necesitamos que él declare, ya que es el único que encontramos en el registro de sus contactos en el móvil —objetó de repente—. ¿Algo más quieres que te explique?

Nico negó, no obstante, aquella mañana fui acompañado por él. Mientras que subíamos a la patrulla, vi la mirada de los vecinos comenzar a criticar entre ellos. Jamás nos metíamos en rebeldía, pero más fue la mirada del oficial.

Como si su trabajo fuera bien hecho al fin.

—Espero volver antes de las diez, tengo que ver el partido de Eagles contra Taurus —resopló Nico, pero el oficial le hizo una señal de que entrara al coche sin chistar.

Capítulo 3

2. El caso de Rusty.

En cuanto llegamos a la jefatura de policías, Nico no aguantó en sentarse y resoplar una y otra vez. Estaba exhausto, aún en pijama y con las miradas de algunas arrestadas que estaban sentadas cerca de él. Para ellas, Nico era atractivo.

Me preguntaba una y otra vez, qué demonios sucedió con Rusty. Pero a la vez, estaba perplejo ante las palabras del oficial. Su muerte, un crimen. Y por la semejanza que sus labios pronunciaban, Rusty al parecer había sido clavado de en la cruz de la catedral de Génova.

Apenas eran las diez de la mañana, el horario perfecto para ser acusado de un crimen que ni había cometido. En ese instante, miles de cuestiones recorrieron mis neuronas. ¿Pensar más de lo debido? Muy quizás.

Pero la pregunta era: ¿Samuel Grant tenía algo que ver con Rusty?

Es decir, en la noche Grant había sido arrestado y luego la muerte de Rusty. Era todo muy extraño, y me daban ganas de investigarlo a fondo; saber la verdad de los hechos. El Padre Domingo apareció en mi campo de visión, él se encargaba de manejar el fondo caritativo de los chicos que deseaban salir de las drogas. Al parecer, había visto a Rusty un montón de veces por allí; eso me ponía más en duda de su muerte.

Tomó el folleto de la mano de su diácono, qué luego acercándose a mi lugar, lo miré desde dónde estaba sentado para luego decirle nada más y nada menos que...

—Padre.

—Bruno..., ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vi —soltó, y de repente limpió el sudor de sus manos con la túnica de color negro que llevaba puesto—. Lamento lo de Rusty.

No pude objetar nada, de inmediato desapareció por un pasillo. Su diácono se quedó a mi lado, era de estatura baja. Sin poder decir nada más, Nico se removió para ir en busca de un vaso de agua, al fondo del pasillo que daba hacía la salida de emergencia.

El diácono se sentó a mi lado, sonriendo con la poca pena que llevaba consigo.

—¿Eras muy amigo de Rusty? —murmuró de repente, Nico lo miró

confundido cuando apenas se sentó de nuevo en su anterior lugar.

—Algo, ya no éramos tan amigos —respondí—. Creo que fueron las drogas.

Me removí algo incómodo en mi asiento, no pude soltar un suspiro al sentirme algo acalorado en el lugar. Habían miles de preguntas en mi mente, muchas sin resolver y un rompecabezas por armar. Nico mantuvo la mirada agachada, triste. En ese momento, me pareció bastante pesado tener que cargar con miles de pensamientos acerca de un chico que había muerto, que había sido mi amigo y que yo era su único contacto en su móvil.

¿Algo más raro que eso? Imposible. Me volví hacia el diácono, necesitaba más respuestas de la que cualquier chico podría necesitar.

—¿Cómo murió realmente él, señor? —con disimulo, vi a Nico mirarme fijamente y con el ceño fruncido, como si lo que estuviese haciendo estuviera muy mal—. ¿Es cierto que lo encontraron clavado? ¿Clavado en la cruz?

El diácono agachó su mirada, parecía estar demasiado confuso como para contarme. Y si no me contaba, yo iba a insistir. De eso se trataba investigar a fondo. Él se removió, miró hacia muchas partes y se acercó a mí con apenas un pequeño espacio entre nuestros sofás. Su mirada mostraba miedo, frustración, dolor; un conflicto que se transformaba en guerra.

—Realmente, no sabemos quién lo colocó ahí —confesó—. El Padre se asustó demasiado, estaba con una daga en el pecho. No pudimos moverlo, eso causaría problemas. Horas más tarde, le habían descubierto un arma en el coche a Samuel Grant, el maestro de filosofía en la preparatoria —agregó.

Sin dudas, eso me ponía en ese «sin dudas» a mí mismo.

Miré en dirección a Nico, que ya no estaba. Pero mi punto era el diácono, su confesión, lo de Grant. Habían varias piezas perdidas, un rompecabezas que me rompía hasta el alma. El Padre quizás no sabía nada de nuestra relación, que ni siquiera habíamos sido tan amigos en los últimos meses. Quizás estaba confundido, y alguien me había dejado tan expuesto como mentiroso en ese caso.

—¿El cuerpo sigue en la catedral? —pregunté tras envolver las palabras en la punta de mi lengua. No objeté inmediatamente, no podía hacerlo. El diácono sonrió un poco, como si mi pregunta fuera un pacto entre nosotros dos. Lo miré aún más confundido, pero preparado por saber toda

la verdad.

—Sigue allí, los forenses recién podrán evaluar el cuerpo mañana. Pero al parecer, no harán una revisión del cuerpo, sino una necropsia —contestó inmediatamente.

—Y, ¿por qué no quitan el cuerpo de allí?

El diácono se movió nervioso.

—Es complicado de explicarte —respondió.

De repente, la puerta se abrió y provocó un doloroso estruendo en cuanto chocó contra la pared. Vi al Padre Domingo salir de la sala de declaración, de inmediato me llamaron a mí. Le agradecí con amabilidad al diácono, quién no parecía estar feliz con la llegada del Padre. Y que sin dudas, se levantó a la misma que vez que yo.

Pasé por al lado del Padre, quién su mirada no estaba en pura felicidad. Sentí algo negativo, como una fuerza maligna arrebatarme todas las dudas existentes.

Y en un susurro, tan dichoso como profundo, me señaló:

—Di la verdad, Bruno, sé que tú sabes la verdad.

No le presté la menor atención, simplemente me giré en cuanto pude alejarme tanto de él como su diácono. El jefe de policías me esperaba en el umbral de la puerta, apoyado en el marco como también cruzado de brazos. No vi a Nico por ningún lado, pero me aseguré de decirle al oficial que le avisase en cuanto saliera del cuarto de declaración.

Asintiendo mi favor, cerró la puerta a mis espaldas y me encontré con lo que menos esperaba: Grant. Él estaba junto a su abogado, un hombre de cabello blanco y gafas cristalinas, sentado con las manos unidas y apoyadas en la gran mesa de mármol al frente suyo. Me senté, tan despacio como intrigado. No pude objetar, no pude responder, no pude huir. Estábamos él y yo, y hacía mucho tiempo que no veía a Grant.

—Entonces, ¿puedes contarnos los hechos? Nos servirá para el juicio —señaló su abogado, quién no dejaba de mover la pierna con intensidad y nerviosismo. Lo miré tan confundido como deshecho. ¿A qué se refería con contarle los hechos?

—¿De qué "hechos" me está hablando...? —dije inclinándome hacia adelante. Grant resopló, parecía estar muy cansado luego de estar varias

horas diciendo la verdad o quizás la mentira.

—De la muerte de Rusteff, si tienes algo para decirnos y que sepas de verdad —interrumpió—. Lo necesitaré para el juicio, Bruno, lo necesitaré... —murmuró nuevamente. Levantó su cabeza, que estaba gacha en menosprecio, y vi su mirada de sufrimiento al ser culpado de algo que no tenía nada que ver.

O que quizás sí.

—Ni siquiera sabía, hasta esta mañana, lo de Rusty —señalé de forma entrecortada. Estaba irritándome, que desde un punto, tanto el Padre como Grant, estuvieran señalándome de asesino—. Ni siquiera sabía que usted había sido declarado culpable, o lo que fuese que estemos aquí.

Grant no dijo nada, a excepción que un pequeño ronquido seco. El abogado anotaba, quizás corazones de ilusiones rotas por no saber la pura verdad que jamás iba a conocer. Y tan sólo por esos segundos, me sentí atropellado como cuando era atropellado por la multitud y por Rusty, mucho antes de ser su amigo. O "mejor amigo" como señalaban los policías.

Me removí, tan incómodo que aquel lugar era una eternidad. Las paredes de un color gris, me señalaban que aquel cubículo siempre tenía un culpable, pero ese culpable no era yo. Ni siquiera había contactado a Rusty en los últimos meses, había oído miles de cosas sobre él, sobre drogas y cultos satánicos.

—Bruno, sé que es difícil perder a un amigo, pero entiende que... —objetó Grant.

—Entiendo que necesite esas pruebas —comenté de repente, interrumpiendo su discurso en forma de suplica—. Pero yo no tengo esas pruebas, no las tengo, profesor. No he hablado con Rusty hace dos meses, no he oído de él excepto lo que usted oyó en los pasillos de la preparatoria —agregué, mientras me echaba hacia atrás con frustración—. Pero al menos, no lo culpo a usted de ese crimen.

Grant se disculpó ante una señal de asentimiento. Le susurró algo al abogado, quién de repente pidió con permiso y salió de la habitación. Entonces, entendí una cosa: Había mucho más de lo que Grant estaba actuando allí dentro. Me senté a su lado, tan sólo bastaron unos segundos en los que el profesor me señaló de inmediato todo lo que tenía para decirme. Y no lo dudé ni un segundo de aquellos segundos que me ofrecía. Me coloqué a su lado, con misterio y suspenso, y entonces oí de su boca:

—Quieren culparte a ti, Bruno, no tienen a nadie más. Eres tú o yo.

Me separé unos centímetros, sin entenderlo pero con la astucia de saber todo lo que necesitaba.

—¿Culparme? ¿Cómo? —pregunté.

—Dejaron tu contacto en su móvil, sólo el tuyo. Y una conversación bastante intensa, de hace unos tres meses —contestó—. Pero, Bruno, tú fuiste mi mejor alumno, el mejor estudiante por años. Y sé que me ayudarás, ¿verdad?

No pude contestar, sólo pensaba en la conversación. Una dura conversación entre Rusty y yo, pidiéndole con sumo respeto que dejase de molestar por la noche. Y que también, iba a poder salir de aquellos negocios en los que estaba involucrado. Aquella conversación, mostraba por una parte mi lado tan temeroso como valiente; detrás de ese chat era otra persona, con furia y decisión.

Pero aquella conversación, no podía ponerme en riesgo.

—Sí, claro —respondí sin saber a lo que se refería.

Grant se acercó, muy cuidadoso como impulsivo. Pude notar como el nerviosismo había carcomido su mente, tras muchas preguntas en soledad y horas en la jefatura.

—Debes investigarlo, debes hacerlo, Bruno. Sé que llegarás al fin, seré libre y tú sabrás la verdad —farfulló, tomó de mi mano y me acercó a él—. Hazlo por mí, y por su madre. No tienes ni idea de lo que está sufriendo ahora, Bruno. Hazlo por Génova, resuelve este misterio que puede matarme por condena.

Asentí otra vez. Grant me soltó. De inmediato ingresó el abogado con el jefe de policías, en cuanto ya estaba levantado de mi asiento. Le pedí disculpas al abogado por no tener pruebas, sin dudas no tenía ninguna. Pero lo que Grant me había pedido, no tenía precio.

Salí junto al oficial, pero sin ninguna duda, aquella mañana las sorpresas caían como balde de agua fría. Nico estaba junto a mi padre, quién parecía haber tenido un ataque de nervios explosivos. Le agradecí al policía, por haber sido muy respetuoso y honesto, que próximamente si tuvieran noticias me llamarían. Y por esos intensos, miedosos, minutos; me sentí tan pequeño. Mi padre estaba de espaldas, aunque se giró en cuanto me vio llegar.

No podía comportarse de manera absurda al frente de los oficiales, eso le costaría algunos cargos. Me trató con delicadeza, pero al encontrarme con

él, me tomó del borde de la camiseta y me acercó lentamente a él. Nico no pudo apartarlo.

—Me debes varias explicaciones sobre esto, ¿qué has hecho, Bruno?
—gruñó, sus ojos intensos y llenos de rabia me miraron fijamente. No pude contestar, con tan sólo un asentimiento y un fuerte apretón a su brazo que me sostenía, mi padre me soltó para poder respirar.

Nico no pudo interceptar, sabía lo que eso costaba. Y por aquella razón, ninguno de los tres volvió a tocar el tema. Excepto mi cerebro y mente, quienes me pedían a gritos que pronto comenzara la investigación y así dejar descansar en paz a Rusty.

* * *

Luego de que en el día había sido tan movido, recibí un severo castigo de mi padre. No podía ir a los entrenamientos, ni tampoco irme a la catedral después de clases. Aunque, apenas era sábado. Podía irme sin siquiera pedirle permiso para aquello, aunque necesitaba las pruebas y hacer la investigación no sería nada fácil. Aún mi mente explotaba rabia, tras tener que soportar a un padre tan abusivo y manipulador. Objetando a mi madre en todo, como si ella tuviese la culpa de dejarnos.

No vi a Nico por el resto del día, y mi padre había vuelto a su empleo. Me senté frente a la computadora, esperando una señal de Dios para comenzar con todo. Y lo que más me había llamado la atención eran las noticias. No había ni una sola, a pesar de que los rumores corrían como leopardos. Y por aquella misma razón, entré en el buscador para simplemente buscarlo a él, buscar a Rusty.

Ningún rastro.

Ni una noticia.

Ni una prueba.

Génova era pequeña, como inmensamente chismosa. Las páginas, en abundantes argumentos sobre debates que se habían hecho alguna vez, ninguna mostraban a Rusty ni al caso del crimen. Excepto, la reconstrucción de la catedral en su totalidad.

Como era la misma, antes de los años 50, y como ahora era.

Y, por ese instante en que mi mente creó un cortocircuito, noté algo extraño en una fotografía. La cruz, en la cuál y supuestamente estaba clavado Rusty, no estaba en la posición dónde según los oficiales lo habían encontrado. Ni siquiera había una cruz, ni siquiera una señal. Simplemente, en lo más alto del presbiterio, se encontraban dos dagas.

Un juego de dagas idénticas, con su mango de color rojo y una punta afinada. Con siglas en griego, que apenas podía identificar.

Era un caso perdido, pero mis dedos me obligaron a guardar la página por las dudas de encontrar algo más. Y sin excepcionarme, de buscar mucho más sobre Rusty, terminé acostado y mirando el techo. Preguntándome, una y otra vez sobre su muerte. Que para mí, era un misterio en absoluto.

Y sin aguantar el reproche de mi padre, corrí hacia el pasillo decidido en tomar mi bicicleta e ir rápidamente a la catedral para comprobar una sola cosa. Quería verlo, no podía creer hasta que viera a Rusty colgado en aquella cruz. Aunque, frenándome en la entrada antes de tomar la decisión de salir, pensé nuevamente en nuestra última conversación acerca de los cigarros de marihuana que comenzaba a fumar con intensidad y diariamente.

No me importó en absoluto, y una vez que estuve afuera busqué mi bicicleta en el garage del costado de la casa. Salí a toda velocidad, extendiendo mis manos al sentir en intenso calor de los manubrios rozar mi pie. Desde lejos, y desde varias manzanas, veía la catedral asomar sus puntas afinadas, así tal cuál como las dos dagas que se mostraban en la fotografía.

Pedaleé, hasta cansarme en el punto exacto al llegar a la acera de la catedral. No obstante, sus puertas estaban abiertas por completo y observé al Padre Domingo cerrarlas rápidamente. Y entonces vi: Su cuerpo, clavado de pies y manos, la daga en su pecho.

La daga. La misma daga de la fotografía, la misma del mango rojizo y la punta afinada. Y miré al cielo, y miré la punta afinada de la parte más alta de la catedral, y nuevamente a la daga. Para ese entonces, el Padre había cerrado sus puertas sin haberse dado cuenta que yo estaba parado allí, con un pie en el suelo y otro en el pedal. Y así me quedé, durante un largo rato.

Tal cuál como la daga, las dos puntas afinadas de la catedral tenían esas siglas. Las anoté en mi móvil, sin darme cuenta que una de las pistas estaban al frente de mí.

Capítulo 4

3. Alyssa.

Después de haber observado al Padre cerrar las puertas, de inmediato coloqué la traba a mi bicicleta y lo dejé a un costado de la acera. Sin dudas, un misterio me perseguía y me invitaba a armar el enigma tan tortuoso como cruel. Me sudaban las manos, en concreta agonía como para darme un paro cardíaco en ese momento. Costeé la iglesia a pasos lentos, mientras que la iglesia a mi paso se volvía gigante y tenebrosa.

No pude detenerme, excepto por sentir alguien caminar a mis espaldas. Me volví bruscamente, y me asusté al ver una chica casi rubia a mis espaldas. Siguiéndome. Tan sólo me quedé parado, firme, sin nada que decir. Quizás ella también buscaba pistas como yo, quizás ella no era lo que yo esperaba en ese momento.

Me hice mil debates en la mente, una guerra sin fin de preguntas.

—Lo siento, mi intención no era asustarte —se lamentó de inmediato—. Pero supongo que los dos estamos aquí por una razón, ¿no crees?
—agregó con timidez.

Me costaba creer que aquello fuera cierto, ¿y si era una enviada del sacerdote?

Grant me había asegurado que investigar era peligroso, y que lo hiciera más cauteloso posible. Pero al saber que otra chica estuviera investigando, desfavorecía mis metas. ¿Y si hubiera una recompensa y ella ganaría? A mí no me importaba el dinero, en absoluto. Pero obtener un honor, con una placa dorada y mi nombre en el gracias a descubrir el asesino de Rusty, dejaría en claro a mi padre que no era un inútil y me respetaría mucho mejor.

—¿Quién te envió? —se me ocurrió preguntar. La chica se removió nerviosa, como si yo hubiera dado en su punto débil. Una sonrisa extraña nació de sus comisuras, pude notar que estaba por mentir.

—Nadie, estoy investigando por mi cuenta —respondió, alzando sus dos manos en señal de que venía en son de paz.

—¿Cómo puedo creer eso?

—Te mostraré —e inmediatamente se quitó la chaqueta que traía, sacando sus bolsillos con la intención de que no hubiera micrófonos. Y volvió a mirarme, palpando los vaqueros azules que traía puesto. Se recogió el

cabello, volviendo a señalar que no traía nada raro.

Asentí, podía confiar en ella. Como mi descaro fue casi desnudarla en el patio de iglesia, al menos para aprobar que aquello que me decía era cierto, tuve la opción de acompañarla hasta la acera. Por suerte, venía sola. Aunque estaba algo alerta por cualquier necesidad de salir huyendo a toda velocidad posible. Era mucho más baja que yo, aunque apenas llevábamos unos centímetros.

—Soy Bruno —dije sin más, estrechando mi mano contra la suya.

—Alyssa —respondió—. Estaba pensando, que si tú estás investigando..., pues, podríamos investigar juntos. ¿Eras amigo de Rusty?

Asentí nuevamente, esta vez con la mirada en el cielo. Me preguntaba dónde estaría ahora Rusty, si en el cielo o en el infierno. Aunque según mi padre, una persona creyente de la iglesia católica, los niños como Rusty sufrirían el calvario junto a satanás.

Me reí un poco al recordar eso, Alyssa lo notó.

—Sí, claro, sería genial tener una compañera —respondí con poco sarcasmo, Alyssa se despidió de mí, pero mis sentidos me dijeron una y otra vez que le pidiera su número—. Espera, Alyssa.

Ella se giró, apenas se había alejado pero se volvió lo más rápido posible. Con mi pie en el pedal, y otro en el suelo, sujeté los manubrios con fuerza. Se había nublado más de lo normal, estaba por llover. Y era la primera vez que excusaba hablar de las nubes ante una situación como la que viví con Alyssa.

Pedirle el número a una chica no era lo mío, era lo de Nico.

—¿Quieres mi número? —preguntó con una sonrisa a medias.

—Em... sí, ya sabes. Para contactarte, encontrarnos e..., investigar eso. ¿Me entiendes? —respondí nervioso. Otra vez me sudaban las manos. Ni que fuera a besarla, pero estaba nervioso.

Además, si Alyssa aceptaba, iba a ser mi primera amiga.

De inmediato le recité mi número de teléfono, ella me envió un texto. Guardando su contacto, quedamos en vernos más tarde en alguna cafetería cercana. Y más yo, que debía aprovechar que mi padre no estaba en ese instante y trabajaba. Por lo tanto, me quedaba tiempo libre de sobra.

* * *

De vuelta a casa, parecía que mis pies pesaban. Por un lado, me pesaba la conciencia. Y si quizás, todo iba mal... tendría que cargar con un peso más que ese. Sin dudas, estaba por hacer y tomar una decisión bastante peligrosa. Pedaleé de nuevo a mi calle, y aunque todo iba bien, desde lejos vi el auto de mi padre estacionado en la entrada del garage. Sentí la gran frustración aterrizar como avión sobre mi cabeza, fui más rápido hasta llegar y tirar la bicicleta a un costado.

Rápidamente abrí la puerta, y no sentí la presencia de él. De inmediato me aventuré en entrar, por el pasillo mientras caminaba, vi a mi padre dormido en el sofá con una botella de licor en la mano izquierda. ¿Hace cuánto tiempo estaba aquí? ¿Cuándo tiempo había tardado?

Caminé lentamente hasta mi cuarto, no obstante, me detuve en la de Nico. Y lo vi, sentado contra la pared rebotando una pelota de tenis contra la misma. Golpes en su cara, sus brazos. Sangre por sus labios. Y no aguanté en cerrar la puerta con la misma rapidez que cualquier corredor desesperado por el coyote.

—¿Qué mierda te sucedió? —pregunté con la voz baja, aunque exclamando a la voz autoritaria de saber que demonios había sucedido. Tomé el rostro de Nico, ausentado y con sus ojos en otra parte. Un punto fijo.

Miré hacia donde miraba.

Su mochila.

—¿La quieres? —le pregunté nuevamente, y él asintió.

—Tráemela.

Le hice caso como niño bueno, tomé su mochila que estaba encima del escritorio y se lo alcancé. De inmediato, Nicolás metió su largo brazo dentro de la mochila. Buscando algo, pero frustrado, la tiró contra la pared. Quizás lo que Nico buscaba no estaba allí, no sabía como demonios ayudarlo en ese momento.

—¿Qué buscabas? —resoplé de inmediato, Nico no supo que decirme en ese instante.

—Un cigarrillo, ¿por qué preguntas tanto?

Me dejé caer a su lado, la ventana estaba abierta par en par.

Como si se hubiese roto en pedazos, pero estaba entera. Era mi imaginación, y mi mente sólo estaba en descubrir la verdad. Lo miré por encima de mi hombro, estaba destruido. Nico se giró, pude notar lo morado que estaba poniéndose su ojo izquierdo. Sentí pena por él.

—¿Fue papá? —dije sin más, él asintió—. ¿Qué pasó?

—Te defendí, aunque ni siquiera me avisaste que saldrías.

Entonces, mi padre golpeó a Nico por mi culpa. Me sentí más que culpable, cero inocente. Con la conciencia cargándome en los hombros nuevamente. Me sentí ridículo, como también obsesionado.

Me quedé callado unos minutos, la sangre comenzaba a hervirse de furia. Si bien, nuestro padre nos había enseñado que fumar era cosa del diablo y que probablemente todas las personas murieran de eso algún día. Me apegué un poco más a él, quién me miró desconcertado y malhumorado por la extraña situación.

—¿Es por lo de Rusty, cierto? —solté, quería ir a ese punto de escuchar de sus palabras todo lo que podía decirme.

Quizás no le había afectado, pero no había razón para verlo fumar y caer en una profunda depresión.

—No es por eso, quizás un poco, pero no es por él.

—Pero papá dijo que... —y me callé al ver su fría mirada.

Nico se levantó, quitando un par de billetes de su bolsillo. Me los entregó de inmediato, aunque los miré un largo tiempo sin tomarlos y sin entender el porqué de esa entrega.

—Me olvidé los cigarrillos en la casa de Paul, ve a buscarlos.

Intrigado, me levanté y tomé los billetes. No obstante, no conocía a ese tal Paul. Me quedé perplejo en medio de su habitación.

—¿Quién es Paul? —dije despacio.

—Un amigo, tú sólo ve y ya.

Asentí antes de que recibiera un golpe de su parte, o al menos quizás iba a hacerlo ya que Nico se irritaba demasiado rápido. E incluso, salí corriendo de la casa tomando la bicicleta. Por otro lado, me había dado cuenta que salí sin fijarme si mi padre estaba o no. Su auto no estaba,

eso significaba que se había ido quizás.

Ebrio, hecho pedazos. Y así estuvo desde que mi madre se fue.

Tomé el camino junto a la bicicleta a mi lado, ese Paul vivía cerca como también en el lado peligroso de Génova. Nico me había indicado ir por las calles asignadas, siendo un atajo excepcional del que estaría agradecido o volvería con una pierna menos a la casa. No obstante, pedaleé rápido esquivando algunas miradas que comenzaban a asustarme como todo niño escapando de la oscuridad. Tragué saliva al sentir el viento en mi cara, estaba llegando a la casa de Paul.

Pero tuve que frenar al ver lo extraño que ocurría. Vi al diácono del padre Domingo en la entrada de su casa, discutiendo con él. Paul era alto, calvo, y de tatuajes hasta detrás de sus orejas. Mirada en el horizonte, asintiendo todo lo que el diácono le dictaba. No podía escuchar desde mi lugar, pero me imaginaba lo peor.

Una vez que vi que el diácono ya se había ido, salí de las hierbas con mi bicicleta y frené provocando un ruido antes de que Paul pudiera cerrar la puerta. Él se giró, mirándome desorientado, con la mirada perdida aún en ese horizonte.

—Soy el hermano de Nicolás, vine por sus cigarrillos... —dije de antemano, Paul me sonrió y se agachó.

—Eres todo un niño bueno, pero no puedo venderte cigarrillos a ti —contestó de forma sarcástica, me bajé de la bicicleta y noté lo alto que era—. ¿Por qué no vino él? —agregó, esta vez con voz dura y firme.

—Fue golpeado... —respondí lentamente, agachando mi mirada—, por mi padre. Y esta herido, así que no quiso salir de la casa. O eso creo.

Se quedó pensativo, pero luego me hizo pasar al salón de su casa. Me quedé perplejo en el pasillo, sin decir ni musitar nada. Veía el interior de la casa, tan pequeña como acogedora. A un costado, dos hombres corpulentos fumando cigarrillos de marihuana. Y al otro costado, una chica enrollando un billete.

—Aquí tienes, y dile a Nicolás que necesito verlo lo más pronto posible. Tenemos que hablar seriamente de algo importante —espetó, le agradecí por los cigarrillos y como mi miedo comenzó a crecer, comencé a darme cuenta con el tipo de gente que Nico se estaba enrollando.

Al salir, suspiré como si estuviera muriéndome. Tomé la bicicleta, y sin dejarme llenar de dudas nuevamente, tuve la necesidad de ir hasta la biblioteca. El sol comenzaba a salir, el cielo ya no estaba nublado y la

iglesia de Génova estaba resplandeciendo toda su luz.

Frené de golpe, abriendo mi boca como si estuviera viendo lo peor del Universo.

Al ver las dos puntas afiladas, en las torres de la catedral, me di cuenta que al final de estas, habían dos formas extrañas y particulares. Muchos decían que eran dos cruces, pero no lo eran. Eran más bien, dos puntas en dirección a un lugar. Como dos flechas indicándome a dónde ir. De inmediato, pedaleé nuevamente siguiendo esa señal, esas flechas. Tomé el camino rápido por el centro de Génova, un parque cerrado que por aquella suerte estaba abierto.

No quería perder de vista las dos torres, pero siguiendo nuevamente el rumbo, me di cuenta que se dirigían al cementerio de Génova. No obstante, pedaleé más rápido contrarreloj, siguiendo el camino de la verdad y yendo por las dos pistas que me faltaban.

Al llegar al cementerio, dejé la bicicleta en la entrada. En ese momento, me había dado cuenta que estaba detrás de la catedral. Las dos puntas, apuntaban a directamente a un lugar. Al final del pasillo, que estaba una gran tumba con una lápida dorada ya gastada por los años. Y allí, una escalera que me subía hasta lo alto de esa tumba.

Cuando subí, con la desesperación de encontrarlo todo, me llevé una mano a la boca por haberlo visto todo. La tumba, llevaba grabada una de las dagas. Parecía ser la primera. Y en el otro extremo, llevaba la otra daga. Ambas enfrentadas. Y en el medio de esta, las siglas en griego.

ἱερό θάνατο: Santa Muerte.

Según el traductor.

Intrigado por saber el nombre de quién estaba dentro de esa tumba, soplé con cuidado en toda la tapa de la tumba. Haciendo volar el polvo por doquier. Vi el nombre marcado en letra gótica: **Thomas Murphy Harrison**. No sabía quién demonios era, pero de inmediato saqué una foto con mi móvil. Cuando me fui de allí, me fijé la fecha de su nacimiento como fallecimiento. Ambas exactas: el cuatro de Agosto, una de 1816 por su nacimiento y la otra de 1916 por su muerte. Había vivido 100 años.

Pero lo más intrigante, era que Rusty había muerto un cuatro de Agosto.

El cuatro de Agosto del 2016.